

XXVII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. VIII Jornadas de Sociología de la Universidad de Buenos Aires. Asociación Latinoamericana de Sociología, Buenos Aires, 2009.

Intersubjetividad y fuerzas sociales. Reflexiones para una ciencia del proyecto social.

Saúl Horacio Moreno Andrade.

Cita:

Saúl Horacio Moreno Andrade (2009). *Intersubjetividad y fuerzas sociales. Reflexiones para una ciencia del proyecto social*. XXVII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. VIII Jornadas de Sociología de la Universidad de Buenos Aires. Asociación Latinoamericana de Sociología, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-062/1139>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Intersubjetividad y fuerzas sociales

Reflexiones para una ciencia del proyecto social

Saúl Horacio Moreno Andrade¹

0.- De la posición en sociología

Afirmar que la realidad existe fuera de nosotros es un argumento muy difícil de sostener sin la aceptación de la intersubjetividad como una de las fuentes primarias del conocimiento. De otra manera la incesante búsqueda de la respuesta a la pregunta ¿qué es la realidad social?, volvería recurrentemente a una respuesta individualista y solipsista. De ahí que la evidencia de la posibilidad de “mi” a partir del reconocimiento de la fuerza de “los otros” en la formación de mi pensar, impregna a la construcción de conocimiento de su ineludible contenido social, pero va más allá todavía. Implica tener una conciencia de mi posición objetiva (como poseedor de una subjetividad) frente a esos “otros” (dueños objetivamente de múltiples subjetividades), con los cuales establezco una relación intersubjetiva y, por tanto, una relación de fuerzas permanente. De ahí que la formulación de conocimiento no pueda escapar de una toma de posición de orden político, frente a

¹ Doctor en Ciencias Antropológicas por la UAM-I; Profesor-Investigador de Tiempo Completo del Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, Unidad Golfo (CIESAS-Golfo), México. E-mail: saulhoracio@ciesas.edu.mx y sauloracio@hotmail.com

esta tensión. Esos “otros”, que son la alteridad para “mi” toman también una posición frente a “mi”. No existe –en consecuencia- posibilidad para escapar de la relación entre conocer y actuar, entre conocer y tomar posición política frente al mundo, entre conocer y hacer. Para América Latina, región donde la desigualdad y la pobreza, no nos permiten ni moral, ni epistemológicamente el lujo de hacer “ciencia pura”, hacer ciencia social conlleva un compromiso. No se puede optar por no hacer política desde, y dentro, de las ciencias sociales latinoamericanas. Este actuar, como señalé, se apoya en la posibilidad de la intersubjetividad y en su manifestación plena en la cotidianidad de la vida diaria de los sujetos que viven en nuestras sociedades. Entre estos sujetos estamos nosotros, los observadores sociales, aquellas a quienes nuestra posición objetiva en términos educativos y laborales nos ha brindado de las herramientas pertinentes para descubrir el “proyecto de la sociedad” frente a los proyectos estatales y de mercado y, en consecuencia, esta virtud nos obliga moralmente a tener participación activa desde los espacios correspondientes en dicho proyecto de la sociedad. Esta ponencia se inscribe a partir de las premisas anteriores (la centralidad de la intersubjetividad y el reconocimiento de las fuerzas sociales) y se ubica dentro del debate metodológico y epistemológico de una ciencia del proyecto social, con el fin de ubicar cuales serían las dimensiones de la participación de los científicos sociales en la auto-construcción de la sociedad latinoamericana.

1.- La condicionante de la científicidad

Existe en la actualidad una imposibilidad a la cual, en muchas ocasiones y en muchas de nuestras prácticas, pretendemos negarnos: la objetividad plena. Ésta es considerada como la condicionante de la científicidad de una disciplina. El concepto de disciplina puede tener un espectro amplio dentro de las diversas actividades humanas, puede haber disciplinas artísticas, religiosas, lúdicas, deportivas, pero una disciplina científica requiere, como condicionante, tener objetividad plena; en caso contrario sus asertos no son –considerados- asertos científicos. Pero, en la actualidad, como dije, en la sociología nos encontramos con la imposibilidad de tal condicionante. Esto es un verdadero problema para quienes hacemos ciencias sociales y un argumento a favor de aquellos que pretenden descalificarnos. Así que tenemos dos opciones: o aceptamos que somos disciplinas no-científicas o nos salimos de este encuadre forzado y proponemos esquemas diferentes para legitimarnos como ciencias.

Ubicándonos en el segundo punto, una parte de los científicos sociales han propuesto seguir otro camino diferente al de las ciencias de la naturaleza para legitimar su estatus de conocimiento científico. El estatus no procede del método, que para las ciencias de la naturaleza debe ser el Método de la Ciencia, sino de la substancia del objeto de estudio de la ciencia. Así, el “objeto” de las ciencias sociales posee algo que los objetos naturales no tienen: conciencia de sí mismos y de su entorno. Claro, que los defensores de las ciencias de la naturaleza social, dirán que el objeto de estudio, la sociedad y/o las relaciones sociales, carecen de dicha conciencia y podrán ser estudiadas como cosas materiales e inertes. Sin embargo, dichos objetos no tienen dinamismo sin la humanidad que los establece, y ésta no es un objeto pleno. La humanidad se reconoce a sí misma solamente en su subjetividad y reconoce a sus lazos de vinculación como intersubjetivos.

Por tanto, el “objeto de estudio” de la sociología no es un objeto pleno, sino un objeto convalidado únicamente en su íntima relación con la subjetividad de la humanidad que la permite. En esa intimación objetiva-subjetiva, la conciencia permite al objeto social, transformarse epistémicamente en sujeto de su propia historia. Se delinea –entonces- aquello que sí estudia la sociología: los sujetos sociales. Sin esta capacidad de orientación en el mundo y autoorientación dentro de sí mismos de los sujetos no habría que estudiar en las ciencias sociales. A manera de ejercicio, imaginemos a esa ciencia social que no requiere de los sujetos para auto-señalarse como estudiosa de lo social: imaginemos al funcionalismo y a la teoría de los sistemas sociales. En ambas los individuos se pierden en la posibilidad de la materialización (y des-sujetivación) de las estructuras. La radicalización del funcionalismo en la sistémica luhmanniana lo pone más claro: no se necesita que los sujetos posean conciencia para la existencia de la sociedad, esta existe de manera metafísica previamente a la presencia de los hombres, previamente a su contacto, previamente a la intersubjetividad. Pero puede físicamente materializarse en las relaciones sociales, que son –según dichas teorías- relaciones entre partes o elementos. Como partes y como elementos tienen la posibilidad de una adquirir la calidad plena de objetos, por lo que pueden ser estudiados como cosas, también plenamente. Pueden ser contabilizados, manipulados, controlados y dirigidos. Entre estas cosas también puede estar la mente, como en el estructuralismo de Levi Straus, por citar un ejemplo. Se da entonces una fuerte imbricación entre positivismo, funcionalismo y estructuralismo a partir de la noción de la sociedad como objeto externo a los sujetos y, sobre todo, como poseedor de una cualidad de objetividad plena. Es decir, que puede ser aprehensible sin la intervención de las apreciaciones intelectivas, morales o emotivas de quien lo estudia.

2. La objetividad plena como paradigma

La existencia de la objetividad plena permitiría la predicción, seguir el curso de la evolución o desarrollo de un objeto determinado. Este curso sería, adecuándonos a una visión radical del funcionalismo, distinto y diferente de los sujetos que forman a ese objeto social, por tanto, potencialmente aprehensible tal cual es. En las ciencias de la naturaleza, la idea de sustancia ha permitido que los fenómenos, poseedores de una sustancia, puedan ser abstraídos de la misma y recuperados objetivamente. Esta recuperación la han denominado como experimentación. Entendida como la posibilidad de repetir en condiciones artificiales a un evento y que esta –repetición– tenga los mismos resultados una y otra vez. Esto –además– ha permitido la posibilidad de la predictibilidad a partir de la frecuencia, como dijera Hume, ante la posibilidad de que el sol se ponga de nuevo sólo tengo la evidencia de que hoy se puso. Esto conduciría a que la objetividad plena nos permitiría aislar a los eventos de sus condiciones de origen y volverlos manuales, transportables y requeribles según los intereses de quien investiga. Puede sustraérseles su sustancia. Pero también, permitiría que se dieran leyes a partir de la posibilidad de repetición de los mismos resultados bajo las mismas condiciones y por las mismas causas.

La posibilidad de esta situación tan especial conformó al estatus científico de los estudios de la naturaleza y desechó a los estudios de tipo metafísico. Con ello se puso en el centro el modelo mecánico de explicación de los procesos y fenómenos, pero este mismo modelo requiere de condiciones de factibilidad verdaderamente extraordinarias (la repetición constante de un fenómeno bajo condiciones artificiales), que no todas las disciplinas pueden alcanzar. Esto hizo que la física como contraparte de la metafísica y como disciplina que basa su método en la comprobación material de los procesos que estudia (la materia misma) se volviera el modelo a alcanzar. Pero ¿cómo no podría serlo? Si su tema de estudio -la materia- es la condición misma de su estatus de ciencia. Es decir, si la probabilidad material de los objetos -la objetividad plena- tiene como condición la prueba material, es la misma sustancia de la física la prueba de su validez y legitimidad. Es decir la prueba de la existencia de la materia es la prueba de la existencia de la materia. Bajo este argumento tautológico ¿cómo puedes oponer otra visión de ciencia? La posibilidad contraria: decir que la materia no es materia, sería algo inadmisibles dentro del argumento tautológico de trasfondo. Método y Objeto en Ciencias Físicas se funden en la idea de una Materia que se comprueba a sí misma. Esto ha hecho que la física sea La Ciencia y todo aquello que no caiga en el modelo materialista de esta disciplina científica no adquiere tal rango, de ahí que

las demás disciplinas pugnen por ser aproximaciones a esa forma de obtener conocimiento, pese a que algunos de sus objetos no sean materiales en sentido físico.

El conocimiento del mundo material (físico) se vuelve –diría Khun- en el paradigma de la científicidad. Pero este paradigma dominante tiene sus propios límites: no todo el mundo material está conformado por elementos físicos. Aunque suene contradictorio me atreveré a señalar que no todo el mundo material es físico, sino que hay partes de ese mundo material cuya sustancia no puede ser abstraída para su experimentación. Para separar la sustancia y repetir en la prueba, se requiere de diferenciar entre la fuente de la sustancia y la sustancia misma. En el mundo material de lo social, la fuente de la sustancia y la sustancia no pueden separarse pues son lo mismo, pero en contradicción. Aunque algunas de las expresiones de las sustancias son movimiento (como en la migración) donde se comparte con el mundo material de la física, en muchas ocasiones la sustancia de lo migratorio no es físico, sino lo simbólico. Existe, como muchos han dicho antes de mí, una dimensión simbólica de lo social, que no elimina a la dimensión material de la misma. Existe la probabilidad de que lo material no lo sea, por la contradicción de sus términos. Cuando algo es, pero no es a la vez, para la lógica formal es una contradicción en sus términos, pero para el análisis dialectico es una condición sin la cual no es posible hablar de existencia. De ahí que los estudio de lo social, a diferencia de los estudios de la naturaleza no puedan conmutar sus términos sin consecuencias. La única forma en que yo hablo del movimiento migratorio, con respecto al movimiento de los cuerpos es metafóricamente. No tenemos otra salida, pues la misma idea de que existe un movimiento de los cuerpos (como la rotación de la tierra alrededor del sol) es una expresión simbólica, una reducción de la complejidad de ese movimiento física, ahora pensemos que el movimiento migratorio humano es más complejo, en tanto es el desplazamiento de la sustancia social; tanto la migración (la sustancia del fenómeno) como los migrantes (La fuente de la sustancia, por tanto, del fenómeno). No puede haber migrantes sin migración y tampoco migración sin migrantes, aunque se pretende ocasionalmente estudiar a la migración como simple abstracción del desplazamiento geográfico humano sobre la tierra.

3. La subjetividad y las intersubjetividades

Esta imbricación ineludible entre la sustancia y su fuente en lo social surge de un lugar donde la objetividad plena no tiene sentido, pues la propia objetividad plena es parte del mundo de sentido que las personas hemos dado al aspecto físico de la materia. La materialidad de lo simbólico no se basa en su objetividad física, sino en su subjetividad. Aquellos que crean al objeto de lo social, son

el objeto de lo social. El creador se crea a sí mismo a través de su obra. En eso si podemos ceder a la versión radical del funcionalismo contemporáneo: existe una capacidad autorreproductiva de lo social, pero eso no quita que los productores se queden junto con el producto y no que se separen de él (en este punto abandonamos a Luhmann). Además de que el tiempo social tiene la cualidad de ser irrepetible, de ahí que ninguno objeto sea igual a otro. Vaya, ni una botella de refresco en la fábrica es igual a la siguiente, desde el momento en que fueron llenadas del líquido en fracciones de segundo diferentes. El tiempo entra aquí como el principal diferenciador entre los objetos, el tiempo es la cuenta para atrás cuando algo surge o alguien nace. Así pues, en tanto que los difusores de la física cuántica pueden jugar con mundos paralelos, sus seguidores en las ciencias sociales tratan de convencernos que el mundo social funciona igual, buscando una vuelta renovada a la idea de que la ciencia social puede derivarse de la ciencia natural. Para nosotros, en lo social solamente existe un aquí y un ahora. No hay mundos paralelos, lo que se hizo ahora es irrepetible, tampoco hay un mundo en donde se escogió otra opción. Solamente el estudio del presente puede dar cuenta del pasado y del futuro. Y este enlace entre tiempos es la historia, el devenir de ideas que se desarrollan, pero no de manera completamente aleatoria e indefinida, sino por medio del proyecto social. Este proyecto marca pautas en las formaciones histórico-sociales y tiene como fuente la intersubjetividad, es decir, el conjunto de intercambios entre las múltiples subjetividades presentes en un momento dado, pero también es resultado de un pasado permanente, de un futuro constante y de un presente fijo. Esta permanencia, constancia y fijeza son, paradójicamente origen del movimiento de lo social. No puede repetirse de igual forma nada, nada puede volver a ser igual, ninguna cosa puede pasar por la existencia sin ser convertida en otra cosa, la permanencia es la característica del cambio. Las subjetividades son cambiadas y son transformadoras por medio de la intersubjetividad, la cual no puede pensarse sin la comunicación y el mantenimiento de las fuerzas latentes que dan posibilidad a la sociedad.

4. Intersubjetividad y fuerzas sociales

Estas fuerzas sociales que están en la latencia de lo social (parafraseando un poco a Parsons), permiten que el movimiento se dirija. Las fuerzas sociales son las expresiones materiales de las subjetividades en pugna intersubjetiva, no puede haber sociedad sin lucha de fuerzas. Que sea de clases, estamentos o grupos diferenciados es indiferente ante la realidad de las distinciones humanas. Lo social permite la distinción como un parámetro de la socialidad, sin la diferenciación no puede haber comunicación, pues los objetos idénticos no necesitarían intercambiar significados,

ni sentidos. Pero el intercambio no es tarea de la paz, sino se resuelve en la lucha, muchas veces violenta en grados diversos, según la causa de la disputa.

Por un lado, la intersubjetividad y la comunicación permiten que los sujetos (poseedores de la subjetividad) se reconozcan como portadores de mensajes, pero esta posibilidad de reconocimiento pocas veces es producto de voluntades dóciles. Se reconoce al que se enfrenta, al que se esfuerza en ser reconocido y respetado. Así los grupos, así los individuos, necesitan de la presentación de su capacidad de fuerza para abrirse paso a la comunicación con los otros. Estos, los otros, también son resultado de esos esfuerzos y de ahí que la comunicación sea parte de una política de la validación de la propia existencia. Esto obliga a la toma de la posición política, tanto a nivel microsociedad, como macrosociedad. No hay escape a esto, la realidad es que el deseo posmoderno de la desaparición de los grandes proyectos no ha tenido vigencia frente a la realidad de un programa neoliberal impuesto y ejecutado por casi todas las hegemonías del mundo. Allí entra en crisis nuestra creencia en la salida aligerada de la posmodernidad (no hay grandes relatos, existe una fragmentación de los conjuntos sociales).

Como validadores de la sociología como ciencia; como disciplina proveedora de conocimientos fundamentados en la razón dialógica, nos vemos obligados a tomar posición frente a otros argumentos que nos pretenden descalificar como ciencia a partir de las visiones utilitaristas derivadas del positivismo y encarnadas en el gran relato, en el gran proyecto neoliberal, individualizante. La legitimación de la sociología proviene de la práctica y del compromiso con alguna visión del mundo, con alguna lucha. Así el problema de la legitimación científica de los estudios sociales pasa del debate con las ciencias de la naturaleza, debate en el cual perdemos tiempo, hacia el debate con las fuerzas expresadas en los diversos proyectos en lucha y en la centralidad de la intersubjetividad como medio para la comunicación de los significados y de los símbolos que hacen visibles a tales luchas. Por eso es importante que -como científicos sociales-, distingamos claramente cuál es el proyecto de la sociedad y cómo diferenciarlo del proyecto estatal y del proyecto de los actores del mercado. Pues el sociólogo no es el politólogo, no es el científico de la política entendida como la forma de gobernar desde el gobierno, tampoco es el científico de la economía desde los dueños de los factores económicos en el mercado. El sociólogo es el científico de la sociedad, de lo social y de aquellos que con su acción conforman y son conformados por lo social: los sujetos en la intersubjetividad.

5. La ciencia del proyecto social

La sociología no es la ciencia de la sociedad (como define Luhmann), como si esta fuera un objeto externo a los sociólogos, tampoco lo es de las relaciones sociales como objetos externos a las voluntades de los actores (como define Parsons), si nos atenemos a lo aquí escrito afirmó que la sociología es la ciencia del proyecto social. El papel de nuestra disciplina científica y su legalidad y legitimidad como productora de conocimiento razonable, dialógico, creativo y constructivo es la capacidad que tenga para descubrir el proyecto de la sociedad, qué diga, de manera sistemática, reflexiva y disciplinada para dónde quieren ir los que conforman al mundo social. Quizás aquí me preguntarán ¿Acaso los actores políticos y económicos no conforman al mundo social? ¿Acaso los actores sociales no son también actores políticos y económicos a la vez? Si, sin duda que cumplen dichas cualidades de la estructura social, pero su intención no es determinar el rumbo de la política, ni de la economía, se ven obligados a participar en ella por un modo de producción capitalista. La sociedad, entendida como la sociedad civil, pretende vivir para sí, en la paz, aunque para lograrlo se vea obligada a recurrir en muchas ocasiones históricas a la guerra. América Latina, sabe muy bien todo esto, ha sufrido en carne la lucha entre el proyecto de su sociedad y los programas impuestos desde afuera. La sociología sigue siendo, a mi entender, la ciencia del proyecto social, la ciencia del descubrimiento de la direccionalidad de los procesos sociales, los cuales no parten de la nada para llegar a la nada, sino parten de la experiencia de los modos de vida latinoamericanos para el mejoramiento de estos, a partir del reconocimiento de las diferencias culturales y su respeto. Es cierto, que es muy difícil, escapar actualmente de las influencias de las otras sociedades y que dentro de la misma Latinoamérica existen diferencias y contradicciones serias y –a veces- abismales, pero tal situación no impide que exista el proyecto de la sociedad, el proyecto de la conciliación de intersubjetividades a partir de una proposición postmetafísica del mundo. A partir de una acción pragmática en la vida cotidiana, pero en con un sentido moral. En otras palabras, la epistemología de la sociedad latinoamericana no nace de las disquisiciones desde las alturas de la reflexión universal, la cual no es por sí misma desdeñable, sino desde la elaboración cotidiana de los hombres comunes de su mundo vital. La recuperación de éste no puede partir de tres prejuicios comunes: (1) esperar que los sujetos del pueblo sean revolucionarios por definición metafísica (tienen que hacer el cambio en un sentido predefinido), (2) que esta recuperación solamente se puede dar desde la academia (los observadores del cambio, los dirigente obligados en un sentido leninista) y (3) que las valoraciones morales hacia las acciones comunes y cotidianas partan de juicios (aquellos que no quieren cambiar son corruptos o retrógrados por definición).

De ahí que una ciencia del proyecto social deba de recuperar las experiencias históricas de aquellos que no tienen acciones espectaculares en los movimientos sociales y que son, algunas veces, considerados “pasivos” y, por supuesto, tomar en cuenta a aquellos actores que son sobresalientes en las luchas por el cambio. Asimismo se deben considerar los prejuicios que el propio sentido común genera, considerándolos como expresiones de los mundos vitales de aquellos que diariamente luchan y diariamente se comunican a partir de sus intersubjetividades. Las comunicaciones y las resistencias a la imposición de los programas hegemónicos se dan en las formas más simples, sutiles y (aparentemente) banales. La transformación es obra de los hombres concretos, de aquellos que si dirigen la historia a partir de renovarse continuamente, aquellos que son los desapercibidos, los “pocos importantes” pueden darle la vuelta de tuerca al estado de las cosas, sin avisarnos, pues ellos actuarán siguiendo su propio proyecto y es donde la sociología debe decidir acompañarlos a partir el descubrimiento y de la explicación científica de este devenir.